

porque en la mayor parte de la nacion ha hecho el efecto contrario; le ha abierto los ojos.»¹

El rey, á quien conducia lord North á este camino sin cejar de él, se congratuló de esta grande mayoría. Segun él, nada estaba mejor calculado que aquellas medidas para atraer á los americanos á la sumision.² Error comun de los políticos de corta vista: reducir á un pueblo á la desesperacion, es el medio seguro de precipitarlo á la guerra civil, *spoliatis arma supersunt*. Es lo que comprendia Chatham. Sin inquietarse por su derrota insistió en su pensamiento, y tentó un nuevo esfuerzo para impedir la guerra civil. «Que se haga la voluntad de Dios, decia, y que el antiguo y nuevo mundo nos juzguen.»

Fué á Franklin á quien se dirigió: á él fué á quien sometió su proyecto de reconciliacion. «Quiero arreglar mi juicio segun el vuestro, decia, como se arregla un reloj por un *regulador*.»³ Dirigirse á un hombre capaz, á aquel que conoce á fondo la cuestion, es el distintivo de los grandes políticos: ellos buscan maestros, ellos, que son los que ménos los necesitan; los otros buscan lisonjeros y criados: son ciegos que toman ciegos para guiarlos.

El 1º de Febrero de 1775, Chatham presentó su *proyecto de verdadera reconciliacion y de acuerdo nacional*. Eran las proposiciones del Congreso de Filadelfia las que Chatham aceptaba en sustancia. El Parlamento revocaba los estatutos de que se quejaba la América, y renunciaba al derecho de cuotizacion: por su parte la América debia reconocer á la Inglaterra el derecho de arreglar el comercio de todo el imperio. Además, y por un donativo voluntario, las asambleas debian contribuir á los gastos del gobierno. En fin, y como una prueba de confianza, era al Congreso que iba á reunirse en Filadelfia el 1º de Mayo de 1775, al que Chatham encomendaba, primero, reconocer la suprema autoridad legislativa del Parlamento: segundo, hacer un donativo voluntario al rey, fijando cierta renta perpetua para aliviar la deuda, «no como condicion impuesta para obtener justicia, sino como un justo testimonio de afecto.» De esta manera la Inglaterra abria el camino por una declaracion de principios, y la América venia al en-

¹ Lord Mahon, VI, 24.

² Bancroft, *American Revolution*, IV, 203.

³ Lord Mahon, VI, 26.

cuentro de la metrópoli por la declaracion del Congreso, y por una concesion de dinero.¹

Este acuerdo era honroso: Franklin estaba convencido de que Chatham deseaba satisfacer á los americanos: Jefferson, leyendo el bill, esperaba que produciria la reconciliacion: Samuel Adams, siempre desconfiado, se inquietaba para el porvenir, con este reconocimiento condicional de la autoridad suprema del Parlamento. «Estemos alerta, decia, no vaya á ser que en vez de tener una espina en un pié, tengamos un puñal en el corazon.»²

Cuando Chatham concluyó su lectura, el buen lord Darmouth habló de lo grave de la cuestion, y pidió que el bill *se pusiese sobre la mesa*, es decir, que se le examinase. Chatham respondió al momento que no deseaba otra cosa. Lord Sandwich, uno de los miembros mas exaltados del gabinete, tomó entónces la palabra para reprochar la debilidad de su colega. «Esta medida que se nos propone, dijo, no merece mas que el desprecio; es preciso desecharla inmediatamente. Jamas creeré que sea la obra de un par de Inglaterra;» y dirigiéndose hácia Franklin, que se apoyaba en la barra, «supongo, continuó, que esta es obra americana, é imagino que tengo ante mis ojos la persona que la ha trazado, uno de los enemigos mas rígidos y mas peligrosos que este país haya tenido jamas.»

Todas las miradas se volvieron hácia Franklin; Chatham respondió: «Este plan es enteramente obra mia; pero si yo fuera primer ministro y tuviera el encargo de terminar este importante negocio, no me avergonzaria de llamar públicamente en mi ayuda á un hombre tan perfectamente instruido en los asuntos americanos, á un hombre á quien la Europa entera coloca al lado de nuestros Boyle y Newton, y que honra, no solamente á la nacion inglesa, sino á la humanidad.»³

Lord Darmouth, intimidado por la vivacidad de su colega, y sobre todo, por las manifestaciones de la oposicion que lo habia felicitado por su noble honradez, volvió á su debilidad ordinaria y declaró que él no podia aceptar tales elogios, y que habia cambiado de opinion. El ministerio pidió que la proposicion fuese inmediatamente desecha-

¹ Lord Mahon, VI, 27.

² Bancroft, *American Revolution*, IV, 220.

³ Bancroft, *American Revolution*, IV, 221.

da. Contra tanta violencia y debilidad, Chatham prorumpió en estos términos:

«Desechad este bill; no por esto dejará de avanzar en la opinion pública, en la nacion, y en las mas lejanas soledades de la América. Cualesquiera que sean sus defectos, hará ver al ménos el celo con que he procurado destruir la tempestad que amenaza descargar sobre mi país. No me admiro de que hombres que aborrecen la libertad detesten á los que la aman: no me admiro de que gentes sin virtud detesten á los que la tienen. Toda vuestra política no ha sido mas que una serie continuada de debilidades y temeridad; de despotismo y servilismo; de incapacidad y corrupcion. Os reconozco, sin embargo, un mérito, y es el de un cuidado constante y exclusivo de vuestro interes personal. Bajo este punto de vista, ¿quién podrá asombrarse de vuestra resistencia á toda medida que pueda haceros perder vuestras plazas, y reduciros á la insignificancia personal en que Dios y la naturaleza os colocaron?»¹

Todo lo que obtuvo la elocuencia de Chatham fué aumentar la minoría en favor de la conciliacion. Tuvo 32 votos; el ministerio 61.

No obstante, la opinion se habia conmovido. Lord North, para atraérsela propuso medidas violentas y á propósito para aterrorizar á los americanos. Declaraba al Massachusetts en estado de revolucion; ponía trabas á las pesquerías americanas para hacer sucumbir por hambre á la Nueva-Inglaterra, respondiendo así á las actas de no importacion por una ley del talion: se hablaba de excitar á los salvajes contra las colonias, y aun de provocar una revolucion de los esclavos. En el fondo todo esto ocultaba cierto miedo por la guerra: lord North, al mismo tiempo que amenazaba con los rayos de la Gran Bretaña, hacia sondear á Franklin por el almirante Howe, quien debia tener bien pronto el supremo mando en América: el ministro buscaba medios de acomodamiento: ² era ya demasiado tarde. En el fondo lord North no era ni cruel ni vengativo; comenzaba á intimidarlo la responsabilidad que contraía por su debilidad por el rey y por algunos de sus colegas. Era la guerra que iba á provocarse, la guerra civil; se imaginaban que vencerian fácilmente á los americanos; pero, en fin, era una crisis de-

¹ Bancroft, *American Revolution*, IV, 221.

² Lord Mahon, VI, 32.

plorable, y que no podia complacer mas que á los enemigos de la Inglaterra.

Lord North presentó á los Comunes una resolucion que fué adoptada el 27 de Febrero, ¹ la cual decidia que cuando una colonia ² propusiera establecer un fondo, una provision para subvenir á la defensa comun (provision cuya cifra correspondiera á la situacion de la colonia, y que seria colectada sin la autoridad de la asamblea y puesta á disposicion del Parlamento) y cuando ademas esta colonia hiciera una provision suficiente para el sosten del gobierno civil y la administracion de justicia, entónces, si esta proposicion era aprobada por Su Majestad y las dos Cámaras del Parlamento, el gobierno inglés se abstendria de imponer ningun impuesto sobre la colonia, salvo los derechos impuestos por el reglamento de comercio, derechos que por lo demas aprovechaban á la colonia.

Esta proposicion, que se llamó *la rama de olivo* de lord North, era de doble faz: era una concesion de hecho á las colonias, una reserva de derecho al Parlamento. Y la concesion de hecho era mas aparente que real; era para cada colonia el derecho de cuotizar á voluntad del Parlamento.

Lord North pretendió que no cedia en nada, y tenia razon. «Si los americanos, dijo, no tienen otra pretension que de cuotizarse ellos mismos, aceptarán nuestra proposicion: si ellos tienen otras intenciones, é intenciones criminales, su negativa pondrá en claro su doblez.» Agregó, y esto era el secreto de su política, que él no se esperaba que esta proposicion fuese generalmente aceptada, pero que era un medio de dividir á la rebelion: que con una sola provincia que aceptase, la confederacion que daba fuerza á la América quedaba al instante rota: esta *bella* razon hizo que se votara la ley. Los hombres de mezquino entendimiento no comprenden mas que las pequeñas medidas, y sus bajas intrigas los pierden, tarde ó temprano. La política de lord North era la astucia que á nadie engaña: la de Chatham era la franqueza, la nobleza; la una no era mas que un expediente, la otra era una solucion.

Al mismo tiempo para atraer la opinion, que fluctuaba, pidió el mi-

² Burke, *Works*, I, 454.

³ Es decir, la asamblea de acuerdo con el Consejo y el gobernador.

nisterio un folleto á Samuel Johnson. Era este una de las figuras mas originales del siglo XVIII. Miserable en su infancia; obligado por su pobreza á escribir el *Rasselas*, á fin de tener un poco de dinero para enterrar á su madre, fué en su vejez solamente cuando Johnson habia encontrado no comodidades, sino un abrigo: de esta habitacion participaban los pobres que él amaba: tenia en su casa un verdadero nido de cojos, ciegos y enfermos incurables. Lo solicitaban por su conversacion y originalidad: era tory fanático, partidario de lo pasado, campeón del rey, de la Iglesia y de la aristocracia, y ademas elocuente, solemne, paradójico. Su diccionario le habia dado gran celebridad: estuvo á punto de ser procesado por sus definiciones: entre otras se ha conservado la de *pension*, que segun él era *el sueldo que se da á un bravo político para que traicione á su país*.

A la edad de setenta años aceptó el papel de escritor y *bravo* ministerial publicando un folleto con el nombre de *Taxation no Tyranny*, que agradó sobremanera á los enemigos de la América, porque era violento, insolente, y en tales casos la multitud toma la brutalidad por talento. Johnson habia adoptado ese tono cínico, que es tanto mas odioso, cuanto es mas enérgico.

«¿Las gentes de Boston, decia, nos amenazan con abandonar la ciudad é irse al desierto? Tanto mejor, estos héroes dejarán el lugar á otros hombres mas prudentes que ellos. ¿Se quejan de que se les quiere trasportar á Inglaterra para ser juzgados? Que se tranquilicen. ¿Que se les condena sin oírlos? Para qué son los procedimientos, con lo que se ha visto es bastante.»

En estas circunstancias Franklin abandona la Inglaterra: personas hábiles, como Hutchinson, habrian querido detenerlo; era, segun se decia, un hombre peligroso; pero se le dejó partir. Se embarcó sin esperanza de volver á ver la felicidad de otro tiempo, en que un amor tierno unia á las colonias con la metrópoli. En 22 de Marzo de 1775 su amigo Burke intentó hablar otra vez de conciliacion. Burke no tenia ni el genio ni la influencia de lord Chatham; pero acaso tenia mas elocuencia. Su plan, mucho mas tímido y ménos satisfactorio, consistia en declarar en términos generales, que era bueno revocar ciertas leyes recientes, y dejar á las asambleas coloniales el derecho de imponer las contribuciones.

Pero si Burke para tener mejor éxito, apenas delineaba las partes mas vivas del proyecto de Chatham, no era por esto ménos firme su lenguaje: queria la paz, franca y sincera, y la pedia con entusiasmo patriótico. No era, es verdad, la enérgica y soberana palabra de Chatham; pero se notaba la grandeza moral: Burke es un filósofo, Chatham un político; Burke ha envejecido ménos.

Despues de una magnífica pintura del espíritu de libertad de los americanos, hijos de la libre Inglaterra, Burke hacia una severa crítica del proyecto de lord North: demostraba al mismo tiempo la injusticia de las pretensiones ministeriales y su impotencia: declaraba que no habia mas que un solo medio de pacificar á la América, la justicia; que era preciso que el Parlamento reconociera el derecho perteneciente á todo inglés, de que no se le impongan contribuciones sino con su acuerdo ó el de sus representantes. Cualquiera otro medio era pueril; no se procesaba á tres millones de hombres, ni se les reducía por la fuerza, á la distancia y en la situacion en que estaban los americanos.

La proposicion de Burke fué desechada por una mayoría de 270 votos contra 78. Su elocuencia no tuvo mejor resultado que la de Chatham. La pasion cegaba á la Inglaterra; con la cabeza inclinada caminaba al abismo, mirando como enemigo á todo el que intentaba detenerla.

No son raros en la historia tales ejemplos: casi siempre la pasion domina, tomando á su servicio á las medianías y al número. La razon, la justicia, la libertad, son perseguidas y menospreciadas. ¿Qué hacer para que conserven amigos? Tienen contra sí el poder, la fortuna, la opinion, la popularidad; y á pesar de esto, duran y tienen siempre sus adoradores. Hay, pues, alguna cosa mas grata que la fortuna, mas poderosa que el poder, mas lisonjera que la popularidad: es la voz de la conciencia, el amor de la justicia, el amor de la libertad.

La justicia, la libertad, son divinidades puras, figuras serenas, que se les ama desde que se les ve, y no se les abandona fácilmente. El que no ame la libertad mas que para sacar provecho personal de ella, se doblegará á la primera tormenta: el que la ama por sí misma, jamas quitará su corazon y su vista de esta celeste beldad.

Ni la pobreza, ni el abandono, ni el olvido, ni la persecucion misma pudieron hacer que Galileo dejase de amar la ciencia: ¿la justicia es

ménos bella, ó la libertad ménos seductora? No; y esta es la honra de todos los siglos, pues siempre ha habido hombres fieles á este culto, que no perece jamas. Demóstenes y Ciceron en la antigüedad; Chatham, Burke, Washington, Hamilton, La Fayette, todos estos grandes hombres no han variado jamas: han sido admirados unas veces, ó puestos en ridículo otras, segun el viento de la opinion. Pero al defender la libertad, ¿solo resulta la satisfaccion del deber cumplido, sin esperar otra cosa? No, hay además el sentimiento que sirve al porvenir, y que enriquece á la humanidad. Poca cosa seria que el porvenir nos vengase; no, el porvenir nos hereda, y esta riqueza, que los contemporáneos desdeñan, la reciben las generaciones futuras; aun los mas pobres podemos dejarle la fortuna de nuestras ideas, única que no teme ni á ladrones, ni á las lesiones del tiempo.

¿En dónde está la habilidad de lord North, y las injurias y violencias de los *torys*? Ha llevádoselas el viento del olvido. Pero la Inglaterra guarda las palabras de Chatham y de Burke; está imbuida de su espíritu, que es el que hoy gobierna las relaciones coloniales, y que ha enseñado á los ingleses que la justicia es la verdadera política. Chatham y Burke son el alma de esa Constitucion que ellos han defendido contra todos.

La fortuna, señores, no concede á todos igual papel; nos condena por lo regular á la modestia; pero todos, sin embargo, podemos defender la verdad, la justicia y la libertad: todos podemos concurrir á esa inmensa edificacion, que con tanta pena se levanta: esta es nuestra obra; la gloria para los arquitectos, el trabajo para el obrero. Es siempre grato poder decir, en el magnífico lenguaje de Burke, que no se ha pasado inútilmente sobre la tierra, sino que se ha llevado su piedra para el templo de la libertad.



LECCION XXV.

CONGRESO DE 1775.—WASHINGTON.—DECLARACION DE INDEPENDENCIA.

SEÑORES:

El Congreso de 1774 en momentos de separarse, habia aconsejado á las colonias la convocacion de una nueva asamblea que debia reunirse el año siguiente en Filadelfia: así se constituyó el nuevo Congreso colonial, el verdadero Congreso de la revolucion; porque esta asamblea fué la que desde 1775 hasta la paz, dirigió las relaciones exteriores de la América. Cuando el 10 de Mayo de 1775 se reunió en Filadelfia, la revolucion habia dado un gran paso: como lo decia Patrick Henry, ya no tenia cabida la esperanza: era preciso combatir.

En el mes de Abril de 1775 habia corrido sangre en la batalla de Lexington dada en las cercanías de Boston. Esta fué una escaramusa de poca importancia, pero á pesar del corto número de muertos y heridos, se hallaba realizado un hecho importante, y era ya evidente que la Inglaterra no retrocederia ante la necesidad de derramar sangre, y que los colonos se atreverian á sostener la lucha con los ejércitos ingleses. Las colonias profesaban una antigua admiracion á las tropas de línea: los ingleses habian abusado un poco de ese respeto, convirtiéndolo en temor. No faltaron generales en el Parlamento, como se hallan en todas partes, que declarasen que con sus grandes sa- bles dispersarian á esos miserables colonos que temblarian siempre an-